

Detectives en Recoleta

María Brandán Aráoz

Ilustraciones de **Pez**

loqueleo

*A mi familia
que me apoya siempre:
Negro, Mery, Dolo y Magui.*

*A mis amigos-lectores:
Denise y Pablo.*

El robo

En los fondos del sótano circular envuelto en penumbras, los cuadros se apilan sin disciplina contra las paredes, las columnas y alrededor del alambre perimetral de la bóveda de seguridad. Estatuas polvorientas y jarrones abandonados son figuras fantasmales que acechan entre los bastidores. Yo estoy contra la última columna, y el cuerpo entumecido ya casi no me sostiene. Las manos me transpiran y un sudor frío me recorre entero. La oscuridad del escondrijo contrasta con el resto del sótano, en prolijo e iluminado orden.

Es hora de la última recorrida. El hombre corpulento abre la puerta del sótano y sus pasos resuenan con pesadez por las escaleras. Un silbido entonando un tango preanuncia su llegada.

Recorre a grandes pasos los primeros metros, examina la puerta de la bóveda y vuelve a silbar más fuerte, como diciéndose “todo está en orden”. Prende su linterna,

y se dispone a revisar los fondos donde se apilan las obras de artistas nuevos que no fueron retiradas al finalizar las exposiciones. Tropieza y rezonga por lo bajo; al hombre corpulento le cuesta deambular en medio de aquel desorden. “¿Por qué los dueños no vendrán a buscarlas?”, se queja en voz alta.

8 Ahora el foco de su linterna baña de luz el penúltimo tramo y él inicia su trabajosa recorrida por el pasillo atestado. Avanza a desgano entre cajas de embalaje y pilas de cuadros que se dan la espalda.

La luz pasa peligrosamente cerca; pego la espalda con fuerza a la columna y trato de no pestañear. El hombre está a un metro de distancia, puedo sentir, como amenazas, su respiración agitada y el foco que va descubriendo las últimas paredes.

Un golpe seco lo sorprende.

—¿Quién anda ahí?

El corazón me da un vuelco. Me descubrió. No tengo opción, saco del bolsillo la navaja. Tenso y a la expectativa estoy dispuesto a dar el salto. Los pasos se acercan, la linterna baña de luz la primera columna; yo estoy en la siguiente. No importan las precauciones que haya tomado ni la forzada inmovilidad, no podré resistir esa luz en plena cara. La claridad es

una enemiga. Y por nada del mundo volveré a Devoto, nunca. Estoy jugado.

De improviso, un largo maullido y un bulto oscuro que aterriza entre las cajas sobresaltan al hombre y la linterna se desvía.

—¡Fritz! ¿Otra vez me seguiste?

¡El gato me salvó! Parpadeo y vuelvo a respirar.

Desanda el recorrido con trancos rápidos, alza al animal y lo reta afectuosamente. Va hasta el final del sótano y, tras iluminar por última vez la bóveda de seguridad y los corredores de ambos lados, se dirige hacia las escaleras. Sin conectar la alarma, sube con el gato en brazos y desaparece.

9

La oscuridad es una aliada; salgo de mi parálisis, guardo la navaja y me seco con el pañuelo la frente y el cuello empapados por el pánico. Respiro profundo. “Tranquilo. Hoy trabajan en el salón de actos. Hasta que no se hayan ido todos, no conectan las alarmas”, pienso. Si soy cuidadoso, tendré tiempo de terminar el trabajo y escapar sin ser descubierto.

Ha llegado el momento de actuar, y debo ser preciso en cada movimiento y evitar que los nervios me jueguen una mala pasada. “Es nuestra única oportunidad, dijo el hombre al encargarme el trabajo, en unos

días cambia el sistema de seguridad y habrá cámaras por todos lados. No quiero equivocaciones”. Recuerdo muy bien esos ojos opacos, amenazantes. Un solo error podría costarme la cárcel... o la vida.

Calzo los guantes de cirujano y avanzo hacia la caja de embalaje donde están las pinturas; es hora de dar comienzo a la operación.

10



Ella está refugiada en su asiento de raíces, en medio de la oscuridad de la plaza. A sus espaldas, la figura imponente del ombú le infunde energías. La corteza centenaria es la protección que necesita su cuerpo exhausto después de todo un día de ardua tarea en la Plaza Intendente Alvear. “Mucho trabajo y pocas ganancias”, recuerda desanimada. Turistas y locales están dispuestos a que les tiren las cartas siempre y cuando se les cobre una miseria. ¡Y ella vive de su trabajo! “Cualquier día dejo de fingir y busco otra cosa como la gente”.

En la plaza y las calles desiertas, el aire invernal de julio corta el aliento; las tres de la mañana no es buena hora para deambular por el barrio de Recoleta. Ya es tiempo de volver a casa.

Fija sus ojos claros y saltones en los árboles que oscurecen la calle Schiaffino. Los trabajos de refacción del hotel Plaza Francia, frente al museo, y el mal alumbrado público la vuelven aún más desolada y siniestra. Se estremece. Por su imaginación se cruza un mal presagio.

De repente, como si hubiera convocado a algún espíritu, una figura menuda y oscura emerge del hueco de una ventana del museo y, con agilidad de simio, se descuelga con una soga hacia la calle.

“Salió del Palais y lleva algo entre las manos. ¿Por qué no suenan las alarmas?”, se pregunta.

Ahora el sujeto diminuto corre a toda velocidad hacia la esquina, hacia la plaza y hacia ella. Piensa en gritar, en interponerse en el camino del fugitivo, pero el frío y la indecisión la paralizan; le pesa el cuerpo adherido al árbol y no atina a moverse.

Él llega a la plaza, sube los escalones de a dos y, al pasar junto al árbol, la descubre. Las dos manos aferradas a la bolsa negra no pueden impedirlo, el viento le arrebató la capucha y el farol baña de luz su cabeza pelirroja. Por un breve instante, sus miradas se cruzan reconociéndose. Y el encapuchado cruza, libre, la avenida y huye por la plaza rumbo al cementerio.

Sherlock desembarca

12 Mauro Fromm esperó a que la cinta transportadora de equipajes girara una vez más, estiró un largo y musculoso brazo, y capturó la valija al vuelo. La había marcado con una gran M amarilla para poder reconocerla a distancia.

Ezeiza estaba atestado de pasajeros que acarreaman bolsos y pertenencias. También de personas que venían a recibir o despedir a sus seres queridos.

Como le sucedía en ocasiones, lo invadió una oleada de tristeza; él no tenía padres y sus tíos habían quedado en Berlín. Walter, su tutor en Buenos Aires, había viajado de urgencia a su campo de Entre Ríos anegado por las recientes inundaciones. ¡Si Adela, su novia, hubiera venido a recibirlo! Pero era un día de clases y a esa hora tanto ella como Inés y Pablo Aguilar, sus íntimos amigos, estarían en el colegio.

Mauro miró con nerviosismo a su alrededor tratando de descubrir a Gino, un remisero de confianza de Walter, que iría a buscarlo a la puerta de desembarco. Dio un vistazo a su reloj pulsera: las doce. “El vuelo se retrasó dos horas. A lo mejor se cansó de esperar y se fue a tomar un café a la confitería”, pensó.

Para distraerse, se acercó al puesto de diarios y compró un matutino. Al dar vuelta las páginas, varios titulares le saltaron a la vista: “EN EL CONGRESO TRABAN LEYES CLAVE”, “OLA DE CALOR EN EUROPA”, “EL PAPA RUEGA POR LA PAZ”, “SIN PISTAS EN EL PALAIS DE GLACE”.

La última noticia despertó la curiosidad de Mauro, dobló el diario y leyó:

La policía no tiene ninguna pista sobre el robo ocurrido recientemente en el Palais de Glace.

Recordamos que tras haber intentado sin éxito forzar la bóveda de seguridad, donde se encuentran valiosas obras que son patrimonio del Palais, los ladrones sustrajeron sólo cuadros de escasas dimensiones, dos óleos sobre tela, ambos pertenecientes a pintores de la escuela holandesa. Las pinturas, que estarían aseguradas, habían sido cedidas en

préstamo por un coleccionista alemán que vive en Bariloche para la muestra “Arte barroco y Siglo de Oro holandés”, recientemente inaugurada.

Este hecho se suma a otros robos similares cometidos en los últimos dos años en casas particulares. Según se supo, fueron sustraídas un total de cincuenta obras de pintores reconocidos, y los siete golpes muestran un mismo patrón: la mayoría fue cometida al finalizar la tarde, en viviendas solas o con sus dueños de vacaciones. Los ladrones fuerzan las cerraduras con la técnica de un experto cerrajero y, según presumen las víctimas, habrían contado con un informante que tuvo acceso a las casas en los días previos al robo. Aunque esta vez el hurto se cometió en el Palais de Glace, la policía sospecha que podría haber alguna conexión entre estos delitos.

Tras el cierre judicial dispuesto, el lugar reabrirá sus puertas mañana y la mencionada muestra podrá ser visitada por el público hasta fin de mes.

“¿Por qué arriesgarse a entrar en el Palais para llevarse sólo estas dos obras?”, se preguntaba Mauro con un cosquilleo de agitación. La noticia del robo había despertado en él su instinto de detective.